

La cacería

No tuve tiempo de acabar mi pensamiento porque me hallé en el anochecer de la Ciudad de México.

ELENA GARRO

México me dio dos cosas. O por lo menos dos. La música y mi cuerpo. Aunque no quiero decir exactamente que me las dio, sino que en esta ciudad las recuperé. Y eso es casi todo lo que quiero contar. Lo otro empezó con una sospecha. Primero, una sacudida, y luego, como si alguien allá, del otro lado de la ochava, metido en plena oscuridad de la noche del sábado, golpeará el agua con un bastón o con un remo. Estábamos así: yo tenía su verga llenándome la boca, la hacía deslizarse, entrar y salir, y había algo en esto, en sentir cómo me empujaba el paladar y resbalaba sobre lo ancho de la lengua, que me calmaba. Él, un poco recostado contra la pared, había puesto su mano abierta sobre mi pelo, y me presionaba la nuca. Despacio. Todavía se escuchaban los gritos de la pelea cuando me incliné para desabrocharle el pantalón, hasta que de golpe me di cuenta de que ya no eran gritos, sino como un movimiento, y después, un chapoteo regular. Y ahí empezó la sospecha. Con unos amigos, habíamos salido de una cantina, habíamos bajado a los tumbos por Allende y doblado por Belisario Domínguez, hasta que desembocamos en una

pelea a mitad de la calle. Un auto de policía cerraba el callejón y dos chavitos (ninguno de los dos tenía más de veinte años), estaban rompiéndose la madre rodeados por el griterío. Sobre el capó azul, los demás apostaban. Cada uno de los chavos empezó valiendo cien pesos. Nosotros veníamos de lo más burgueses, a puro lugar común, riéndonos y cantando José Alfredo, y al toparnos con esto, se nos acabó la borrachera. Uno de los chicos le rompió la nariz al otro, que tropezó y empezó a caerse, mientras un policía llegaba al centro, y de golpe vi un palazo y sangre en la cara del chico y fue como si una fuerza enorme nos cinchara a todos al medio, y de golpe descubrí que había perdido a mis amigos, y a mi lado, a un tipo de ojos oscuros, que yo había visto en la cantina, y la mano de él me tomó por la muñeca, me arrastró hacia un costado, y él dijo:

—No mires.

No miré. Corrimos toda la cuadra y doblamos en la esquina. Ya contra la pared, me tomó de las caderas, movió los dedos hasta el borde de la bombacha, y pasó la mano por debajo. Respiré. Me mordió el cuello. Después lo besé yo y me incliné y él quedó contra la pared. Me metí la verga en la boca, y entonces fue que sentí eso. Como si la calle se hubiera movido de un codazo. Como la memoria de la ciudad, hecha de agua y barro crudo, de la que crecen paredes amarillas y plantas ancestrales. Alcé la cabeza, me puse de pie, apoyé la espalda en el muro. Él me apartó el pelo de la cara. No te asustes, dijo. Con una mano me subió la pollera, con la otra, me levantó un tanto la pierna y sentí, muy despacio, que me penetraba contra la pared.

Y aclaro. Yo no estaba deprimida, ni desesperada, ni era ninfómana: hacía lo que quería, como cualquiera. Siempre corro el riesgo de que me maltraten y golpeen en cada uno de estos encuentros. Siempre es siempre, sin atenuantes.